

INTERACCIONES MULTIVECTORIALES EN EL CIRCUM-CARIBE PRECOLONIAL: UN VISTAZO DESDE LAS ANTILLAS

Reniel Rodríguez Ramos

Jaime Pagán Jiménez

ABSTRACT

In this work we examine the role of inter-regional interactions in the formation of Circum-Caribbean societies, placing special emphasis on the Antilles. We argue that although the local adaptations, as well as independent inventions, were of marked importance in the configuration of the societies that inhabited the Antilles; nonetheless, the inter-regional interaction circuits also had marked implications in the cultural and political articulation of the peoples that inhabited the islands as well as on those from surrounding continental regions. In this context, the Caribbean Sea served as a unifying agent and navigation was the primary linking mechanism between the inhabitants of the Antilles and those from extra-Antillean areas such as the isthmo-colombian region and southeastern United States, among others. Although the data that we have thus far does not permit the establishment of definite cultural and/or transactional ties, or the magnitude of such processes, at least it allows us to propose certain hypotheses regarding the different interaction spheres that might have existed between the inhabitants of the Antilles and those from surrounding continents, which should be addressed in more detail in future studies.

Keywords: archaeology, Circum-Caribbean, interaction, Isthmo-colombian region, Southeastern United States, vector

RESUMEN

En este trabajo examinamos el rol de la interacción interregional en la formación de las sociedades precoloniales circum-caribeñas, poniendo énfasis especial en las Antillas. Argumentamos

que aunque los procesos de desarrollo y adaptación local, así como los de invención independiente, fueron de suma importancia para la conformación de las sociedades que habitaron las Antillas, la interacción interregional también fue un elemento que tuvo marcadas implicaciones en la articulación cultural y política de los habitantes del Caribe insular de otras regiones circum-caribeñas. En este contexto, el Mar Caribe como agente unificador y la navegación como el mecanismo de enlace primordial a nivel intra e interregional, fueron elementos intrínsecos en los nexos transaccionales que existieron en tiempos precolombinos desde periodos tempranos entre los habitantes de las Antillas y los de otras áreas extra-antillanas, incluyendo la región istmo-colombiana y el sudeste de los Estados Unidos. Aunque los datos existentes son todavía muy preliminares para establecer vínculos culturales y/o transaccionales específicos o la magnitud de dichos procesos, al menos nos permiten esbozar ciertas hipótesis sobre diferentes esferas de interacción existentes entre las Antillas y los continentes circundantes que deberán ser abordadas más detenidamente en estudios futuros.

Palabras clave: arqueología, Circum-Caribe, interacción, región istmo-colombiana, sudeste de los Estados Unidos, vector

RÉSUMÉ

Dans cette recherche nous étudions le rôle de l'interaction inter-régionale dans la formation des sociétés des Caraïbes, en fixant notre attention sur les Antilles. Certes, les processus de développement et d'adaptation locaux, ainsi que les inventions indépendantes, ont été très importants pour la formation des sociétés antillaises. Or l'interaction inter-régionale a été aussi un élément essentiel dans l'articulation culturelle et politique des habitants des Antilles, ainsi que de toute la région caribéenne. Dans ce contexte, la mer des Caraïbes constitue un élément unificateur et la navigation devient un mécanisme de liaison primordial, aux niveaux intra et inter régional, qui a permis d'établir des liens et des échanges – depuis l'ère précoloniale – entre les habitants des Antilles et ceux des autres zones caribéennes, y compris la région istmo-colombienne et le Sud-est des États-Unis. Les données pour établir des liens culturels et/ou commerciaux spécifiques et l'importance des processus

mentionnés ci-dessus sont encore préliminaires; elles nous permettent néanmoins d'ébaucher certaines hypothèses sur les différents champs d'interaction entre les Antilles et les continents environnants, qui devraient être abordées plus en détail dans des études futures.

Mots-clés: archéologie, Caraïbes, interaction, région istmo-colombienne, Sud-est des États-Unis, vecteur

Received: 29 June 2006. Revision received: 2 February 2007. Accepted: 5 February 2007.

Introducción

El tema de la interacción interregional ha sido tratado de forma muy superficial en la arqueología antillana. Como consecuencia del cambio de énfasis en las investigaciones arqueológicas del Caribe —desde el desarrollo de cronologías histórico-culturales hasta el enfoque de preguntas procesales contextualizadas a nivel local—, la posible existencia de contactos entre los habitantes del arco antillano y los vecinos continentales, así como su rol en la articulación de las manifestaciones culturales específicas en las islas, ha sido totalmente desatendida, con algunas importantes excepciones (e.g., Chanlatte y Narganes 1980; Curet 2003a; García 1984; McGinnis 1997; Rodríguez Ramos 2002; Sued 1979). El desligamiento de las Antillas de la esfera circum-caribeña se consolidó con el trabajo de Rouse (1953) al desvirtuarse la idea del área cultural “Circum-Caribe” postulada por Steward (1948), cuando el primero señaló que los desarrollos en las islas se dieron de forma independiente de los del resto de las áreas continentales bañadas por el Mar Caribe, exceptuando al noreste sudamericano. Desde entonces, el único de los procesos de interacción que ha sido trabajado con más detenimiento en nuestra región ha sido el intercambio entre las propias Antillas, lo que ha promovido el establecimiento de algunas esferas de interacción entre los habitantes de las diversas islas (e.g. Crock 2000; Haviser 1991; Knippenberg 1999; Rodríguez López 1991;

Rodríguez Ramos 2001, 2002; Watters 1997). Lamentablemente, en la arqueología antillana se ha generalizado la idea de que una vez los diferentes inmigrantes llegaron a las Antillas, éstos rompieron los lazos con los habitantes de sus áreas de procedencia. Con la excepción del contacto sostenido entre los grupos Saladoide (2500 A.P.-1300 A.P.) y las sociedades del noreste de Suramérica durante el periodo ceramista temprano (Boomert 2000; Watters 1997), se tiende a pensar que las demás tradiciones culturales no mantuvieron relaciones con grupos que se encontrasen fuera del espectro de interacción arahuaco.

En contraste con tal argumento, en el presente trabajo proponemos que los habitantes del Caribe insular mantuvieron nexos con diversas áreas continentales más allá del noreste de Suramérica, incluyendo el área istmo-colombiana (según definida por Hoopes y Fonseca 2003, que incluye a Costa Rica, Panamá y Colombia) y el sureste bajo de Norteamérica (i.e. Florida, Alabama y Luisiana). Además, presentamos evidencia que señala que los vectores de interacción establecidos entre los habitantes del Caribe y otras regiones continentales circundantes fueron forjados inicialmente por las sociedades prearahuacas de las islas, quienes a su vez sentaron las bases para posteriores movimientos poblacionales, difusiones en diversas escalas y relaciones de intercambio entre las Antillas y algunas áreas de la región circum-caribeña continental. Estos procesos de interacción —en conjunción con los desarrollados localmente— proveyeron el marco que propició el forjamiento caótico de las diferentes culturas que habitaron el Caribe (Keegan 2004; Keegan y Rodríguez Ramos 2004; Rodríguez Ramos 2005a). Por tanto, más que un desarrollo normativo e insularizado de las sociedades de las islas como ha sido sugerido hasta el presente, entendemos que dichas interacciones incentivaron el pluralismo cultural que está siendo reconocido, aunque lentamente, en las Antillas (Curet 2003; Keegan 2004; Rodríguez Ramos 2002; Wilson 1999).

Marco conceptual

Antes de adentrarnos en los diversos temas de discusión de este trabajo, expondremos brevemente cuatro conceptos que conforman la espina dorsal del mismo: estructura (agencia), interacción (proceso), vectores (trayectoria) y Circum-Caribe (contexto). La estructura se concibe tradicionalmente como el conjunto de relaciones sociales y culturales que permanecen en el tiempo. En este trabajo, sin embargo, entendemos que la agencia humana se relaciona de manera variada y activa con (y en) dicha estructura; crea y comprende las reglas de su(s) modo(s) de convivencia, pero también las utiliza de diversas formas y las modifica contribuyendo así en la (*re*)estructuración constante de las distintas dimensiones sociales y culturales en las que está inmerso. Desde esta perspectiva la estructura no puede ser entendida únicamente como un sistema social al que se adscriben pasivamente los agentes sociales o individuos que comparten afinidades culturales; es también una entidad a la cual conscientemente se le transforma (se le delimita, se negocia y se pone en práctica) desde los distintos ámbitos de acción. Compartimos la idea de que toda relación entre las reglas sociales existentes en una estructura (social) y los individuos es basculante como ha sido propuesto por Giddens (1984). Por lo tanto es la estructuración —o el desarrollo de estrategias activas— entre los agentes y las estructuras sociales en las que están inmersos, el escenario de los procesos en distinta escala, de la direccionalidad de éstos y del contexto geográfico de la acción. Es en este ámbito que entendemos operaron todas las culturas, tradiciones y/o manifestaciones culturales en la historia antigua antillana si nos referimos a las estructuras comunitarias que estuvieron interactuando internamente y con otras estructuras comunitarias diferenciadas.

La *interacción* es un fenómeno multidimensional que se registra entre dos o más entidades y en diferentes escalas. Este fenómeno puede oscilar desde los movimientos poblacionales (i.e. migraciones o diásporas) que resultan en el establecimiento humano en espacios ya ocupados, en los cuales se sostienen tanto

interacciones débiles (e.g., transculturación, alianzas matrimoniales) como fuertes (e.g., guerra, aculturación) con los habitantes del lugar, hasta la tramitación de piezas (e.g., intercambio) y/o ideas (e.g., difusión) entre dos o más segmentos geográficos sin que se registre necesariamente un traslado humano (Price 1977; Rouse 1989). Un hecho a destacarse es que, con la excepción de los movimientos poblacionales, los indicadores arqueológicos empleados para detectar la presencia de nexos comerciales y/o políticos deben reflejar una imagen prejuiciada de dichos procesos en las Antillas y otros contextos tropicales, por el hecho de que es muy probable que la gran mayoría de estas interacciones se concretaran con materiales perecederos o involucraran el intercambio de información. Este aspecto ha sido documentado principalmente en Orinoquia, donde Lathrap (1973) señala que alrededor de 90 por ciento del intercambio se realizó con materiales perecederos y mediante procesos que no dejarían huellas arqueológicas en contextos tropicales (ver también a Langebaeck [1992] para un ejemplo de Colombia). Por lo tanto, cuando hablamos de interacciones en el Circum-Caribe, tenemos que asumir que estamos subestimando, de entrada, la magnitud de dichos procesos.

El concepto *vectores*, por su parte, es utilizado con el fin de hacer operativas las dimensiones espacio-temporales de los procesos de interacción. El empleo de este concepto, como herramienta heurística, sirve para delimitar espacialmente (con base en un sistema de coordenadas) las interacciones en múltiples escalas que transcurren en un espacio reticulado. Los vectores son módulos direccionales definidos por el número de dimensiones que contienen (i.e. *n*-vectores), así como por su magnitud y trayectoria. Como ha sido propuesto en la teoría de la supercuerda (Greene 2000), dichos vectores presentan un alto grado de plasticidad, por lo que los mismos se desplazan de manera sinuosa a través del espacio y el tiempo, y muy raramente siguen la misma órbita en dos eventos seguidos, aunque las entidades que estén interactuando sean las mismas. Entendemos que el concepto de vectores multidimensionales establecido en la teoría de la supercuerda es

el más apropiado para abordar los nexos a los que hacemos referencia, ya que es muy poco probable que las transacciones entre agentes se dieran en un solo plano y de forma bidireccional (intercambio) o unilineal (difusión), como lo establecen los modelos de interacción tradicionales. Una de las presunciones principales de la teoría de la supercuerda, al igual que en la teoría del caos, es que un cambio en las condiciones iniciales puede tener efectos insospechados en los resultados finales de un fenómeno específico (i.e. el efecto mariposa) (Peterson 1998). Esto es de suma importancia en vista de que algunas de las primicias principales de la arqueología antillana que abordaremos adelante serán reevaluadas sobre la base de axiomas primitivos, diferentes a los asumidos tradicionalmente. Así, los posibles efectos que se derivan de las evidencias recopiladas en este trabajo sobre nuestra percepción del registro arqueológico de las islas deberán ser profundizados en trabajos posteriores.

Para crear el marco espacial de las esferas de interacción propuestas, empleamos el concepto *Circum-Caribe*. Aclaramos que en el presente trabajo la utilización de este concepto se remite simplemente a la delimitación de aquellas áreas cuyas costas se encuentran circundadas por el Mar Caribe. De esta forma nos alejamos de otras definiciones propuestas, entre las cuales destaca la elaborada por Steward (1948), debido a que se caracterizan por estar fundamentadas en criterios del orden sociocultural. En este sentido, consideramos que el elemento cohesivo de lo que denominamos *Circum-Caribe* es el propio Mar Caribe porque pudo servir como agente *facilitador* para las interacciones registradas de las personas que poblaron las diferentes regiones caribeñas desde periodos tempranos. En este trabajo incluimos el Golfo de México dentro de este espacio interactivo partiendo del principio que la delimitación de sus fronteras con el Mar Caribe son más un artificio de la política geocultural actual que de la aparente realidad precolonial (Bentley 1999).

Aunque se han establecido esferas de interacción entre diversas regiones circum-caribeñas como, por ejemplo, entre Costa

Rica↔Panamá↔Colombia (e.g. Sáez y Lleras 1999; Stone 1977) y Mesoamérica→sureste de los Estados Unidos (e.g. Barker *et al.* 2002; Wicke 1965), el arco antillano ha sido comúnmente dissociado de tales procesos por ser considerado un área “marginal”. No obstante, en el presente trabajo planteamos que el Caribe insular fue un eje importante para los vínculos transaccionales que se registraron en el Mar Caribe y que los agentes que habitaron las islas interactuaron de forma sostenida con los participantes continentales de dichas esferas de interacción. Por lo mismo, queremos dejar claro que no consideramos a las Antillas ni como un eslabón ni como un puente entre Suramérica y Norteamérica, sino como un área donde el desarrollo local de sus habitantes se vio influenciado, y a su vez influyó, en la articulación de las esferas de interacción circum-caribeñas.

Como señaláramos anteriormente, este trabajo está enfocado en las interacciones interregionales reflejadas a través del tiempo según se derivan de los utillajes arqueológicos de las Antillas, por lo cual ponemos énfasis en aquellos que denotan contactos con otras regiones continentales circundantes. Esperamos que el impacto de las interacciones que tuvieron que ocurrir entre las Antillas y otras sociedades circum-caribeñas sea abordado en el futuro por los arqueólogos que trabajan las áreas mencionadas en este artículo. Vale recordar y acentuar que, hasta el presente, la arqueología de la región ha omitido por completo la importancia del Caribe insular en los procesos de interacción estudiados.

La delimitación de los tempranos vectores de interacción (7500–2500 A.P.)

La evidencia disponible actualmente señala que los primeros movimientos poblacionales hacia las Antillas comenzaron a partir de 7500 A.P. Hasta el presente se han postulado dos áreas principales de inmigraciones hacia las islas: 1) desde la península de Yucatán hacia Cuba y posteriormente hacia la República Dominicana (serie *Casimiroide*), y 2) desde el noreste de Venezuela hacia Trinidad y luego hacia las Antillas Menores hasta llegar

a Puerto Rico (serie *Ortoiroides*) (Rouse 1992). Al igual que lo propuesto para todos los grupos que habitaron las Antillas, se ha considerado que una vez estas sociedades arribaron a las islas se desligaron de sus regiones de origen. Por lo tanto, se piensa que los grupos asociados con ambas series se desarrollaron en las islas de forma insularizada, es decir, en total aislamiento cultural del resto de influencias continentales. Veloz (1980) argumenta que ambas series culturales “hibridaron” en la República Dominicana y Puerto Rico, desarrollando allí expresiones locales como las llamadas *Corozo* en Puerto Rico y *Porvenir* en la República Dominicana.

Sin embargo, una revisión de la literatura arqueológica del área circum-caribeña muestra que dicho proceso parece haber sido mucho más complejo que lo propuesto originalmente. Cuando comparamos los utilajes pétreos de los grupos Ortoiroides y/o “híbridos”, particularmente los documentados en las Antillas Menores norteñas, Puerto Rico y las Islas Vírgenes, notamos marcadas similitudes con otros complejos culturales contemporáneos identificados en la porción sur del área istmo-colombiana, como los documentados en Monagrillo (Willey y McGimsey 1954), Cerro Mangote (McGimsey 1956) y Puerto Hormiga (Reichel-Dolmatoff 1997), entre otros, como bien habían señalado Alegría *et al.* (1955) hace ya medio siglo. De modo que la evidencia disponible hasta este momento nos lleva a abogar por un vector de movimiento poblacional e interacciones sostenidas —proveniente de Panamá, Colombia, y/o el noroeste de Venezuela (porción norte del Lago de Maracaibo) — adicional a los establecidos anteriormente, como había sido propuesto por Veloz (1972). La base principal para la formulación de este vector es la presencia del complejo *edge ground cobble/milling stone* (Piperno y Pearsall 1998), el cual se documenta en un área que comprende desde la costa del Ecuador (Stotterth 1985) hasta la costa colombiana, discurriendo a través de los Andes (Ardila 1984; Botiva 1989; Pinto 2003). Este complejo se ha registrado igualmente en sitios tempranos como Casita de Piedra, el abrigo Carabalí y otros más

en el territorio panameño (Ranere 1975; Ranere y Cooke 1996). En el Caribe insular, el mismo complejo se relaciona con la serie Ortoiroides y con algunas otras manifestaciones “híbridas” en un rango de fechas que se desplazan hasta 6000 A.P. en Puerto Rico (Ayes 1993), 4100 A.P. en Vieques (Chanlatte 1991) y 3200 A.P. en las Islas Vírgenes (Lundberg 1989). La presencia de dicho complejo en estos contextos es de suma importancia ya que, más allá de su valor tipológico, éste se relaciona con un repertorio culinario cuyo énfasis parece haber sido la confección de masas para la producción de guanes (tamales o bollos) del maíz o la cazuela (tamal de tubérculos) (Rodríguez Ramos 2005b). Asimismo, el conjunto de conductas que derivaron en la producción de estos tipos de implementos parece haber seguido un mismo formato operacional en los contextos referidos, como lo demuestran la homogeneidad de las materias primas seleccionadas, las morfologías de las piezas objetivo y el tipo de cinética envuelta en su empleo.

La asociación establecida entre el complejo *edge-ground cobble/millingstone* y el repertorio culinario relacionado con él ha sido confirmado recientemente con los estudios de traceología experimental (Rodríguez Ramos 2005b) y los de almidones (Pagán Jiménez *et al.* 2005) realizados en guijarros afacetados y manos irregulares de Puerto Rico. Las herramientas analizadas por Pagán Jiménez *et al.* han proporcionado evidencias directas sobre un conjunto de cultígenos entre los que destacan el maíz, la yuca y la batata (aunque también otras plantas económicamente útiles netamente antillanas), escenario que duplica lo documentado en este tipo de artefactos en Colombia (Piperno y Pearsall 1998) y Panamá (Piperno y Holst 1998). Así, se demuestra la presencia de un repertorio culinario que fue similar en las Antillas y en la porción sur del área istmo-colombiana, relacionados en ambas regiones con el mismo conjunto de herramientas. Interesantemente, Pagán Jiménez *et al.* (2005) establecen que entre los tipos de maíz identificados en su estudio (e.g. cristalinos y harinosos), se documentaron gránulos de almidón que hasta el momento han

sido identificados únicamente en las razas *Pollo* de Colombia y *Caribe temprano* de las Antillas. Cabe comentar que la raza Caribe temprano ha sido considerada como una creación tardía en las Antillas precolombinas (por su tamaño de mazorca, tipos de grano y cantidad de éstos) porque es radicalmente diferente a otras razas antillanas y no cuenta con réplicas ni parientes cercanos en las regiones circundantes al Mar Caribe (Sur y Centroamérica) (Brown 1960: 29-30). Luego de efectuada la anterior discriminación —y retomando las cualidades diferenciadas de los distintos maíces previamente establecidas en la colección de referencia utilizada en el estudio de Pagán Jiménez *et al.*— se planteó que una de las variedades de maíz utilizado por los habitantes del sitio Maruca en Puerto Rico pudo ser la raza *Pollo* (u otra raza con características morfológicas similares a éste). El desplazamiento de este cultígeno aporta otro indicio más de la conexión antillana e istmo-colombiana.

Las evidencias proporcionadas por el estudio de almidones en Puerto Rico se confirma en esa isla y en la República Dominicana con los estudios de polen (Fortuna 1981) y fitolitos (Newsom y Pearsall 2003) realizados en los dos territorios, los cuales han suministrado restos microbotánicos de maíz con fechas cercanas al 3600 A.P. La aparición de los cultígenos identificados —junto con los incrementos de la vegetación secundaria y de partículas de carbón documentados en varios lugares de Puerto Rico (Burney *et al.* 1994; Newsom y Pearsall 2003; Pagán Jiménez 2002; Sarah *et al.* 2003; Siegel *et al.* 1999) y Haití (Higuera-Gundy *et al.* 1999) fechados a partir de 5300 A.P.— parecen mostrar relaciones causales entre los tipos de evidencia hasta ahora recabada. El patrón de quema intencional de la vegetación y su relación con ciertos cultígenos son similares tanto en las Antillas como en Colombia (Piñeros 2003) y Panamá (Piperno y Holst 1998), lo que permite inferir, entre otros aspectos, la ejecución similar de ciertas actividades de cultivo como el sistema de roza y quema en ambas regiones.

Un árbol frutal identificado en un contexto prearahuaco de

Puerto Rico que cuenta con fechas de 1900 A.P. y que ha sido relacionado con las huertas domésticas y/o familiares es el aguacate (*Persea americana*) (Rouse y Alegría 1990), siendo éste considerado previamente como de origen centroamericano (Newsom y Wing 2004:200). Sin embargo, el aguacate está presente en muchos sitios de la costa centro-norte de Perú desde *ca.* 4450-3750 A.P. (ver Pearsall 1992) y existe evidencia arqueobotánica de éste en contextos de Colombia cercanos a 3270 A.P. (Pinto 2003:50), lo que nos muestra la posibilidad de que el vector de movimiento del cultígeno concuerde con el de algunas de las plantas previamente mencionadas.

Anteriormente se consideraba que el maíz, la yuca y la batata, documentadas en el estudio de almidones realizado por Pagán Jiménez *et al.* (2005), habían sido introducidos por los inmigrantes Saladoide a las islas en fechas próximas al 2500 A.P. No obstante, la presencia de estos cultígenos en asociación con el complejo *edge ground cobble/milling stone*, así como con ciertos procesos de cultivo y cocina en contextos prearahuacos de Puerto Rico, Vieques y la República Dominicana (similares a los observados en Panamá y Colombia), señalan la posibilidad de un movimiento poblacional directo hacia las Antillas Mayores en el que los inmigrantes tempranos vinieron determinados a convertir la naturaleza en un artefacto (i.e. en una entidad con significados implantados) con el fin aparente de recrear las interrelaciones fitoculturales que sostuvieron en sus tierras de origen. Esta apreciación se sustenta aún más por la documentación en Puerto Rico (e.g. Ayes 1993) y la República Dominicana (Veloz y Ortega 1973) de las azadas garganteadas análogas a las recuperadas en Colombia, en sitios prearahuacos tempranos (e.g. Ardila 1984), lo que también sugiere un proceso de preparación del terreno similar en ambas áreas.

Otros elementos que parecen haber sido parte de esta tradición son las potalas, igualmente muy similares a las documentadas en algunos yacimientos del área istmo-colombiana contemporáneos a los de las Antillas (e.g. Ranere 1975). La presencia de las potalas provee una evidencia indirecta del empleo de redes de

pesca, lo cual señala otro aspecto tecnológico de importancia como son las técnicas de captación de peces, mismas que tienden a ser sumamente conservadoras. En adición, estas piezas sugieren el uso de cordelería en la producción de dichas redes aunque, debido a su pobre preservación, este aspecto no ha sido abordado en detalle en el contexto de los grupos prearahuacos de las Antillas. En Cuba se ha documentado además la presencia de cerámica con fibra asociada a sitios prearahuacos, cuyas fechas más tempranas se remontan hasta 4100 A.P. (Jouravleva 2002). Interesantemente, Jouravleva (2002:41) establece que los tipos de fibra y otros elementos tecnológicos de la cerámica documentada en Cuba tienen parecidos marcados con la alfarería temprana de Colombia.

Las semejanzas entre las regiones consideradas no se remiten a los implementos del orden utilitario. Otros elementos relacionados con actividades de carácter superestructural, como por ejemplo el uso de los dientes de tiburón y las cuentas de vértebras de pescado, también parecen haber sido empleados en ambas zonas (e.g. Martínez 1994). Tanto en el Caribe insular como en Panamá y Colombia se destaca, del mismo modo, el uso de ocre en asociación con los enterramientos humanos, aunque su empleo parece haber sido bastante generalizado en las culturas tempranas de todas las localidades circum-caribeñas. Particularmente en Cuba y en la República Dominicana se ha documentado además la presencia de caneyes, siendo estos elementos unas monticulaciones circulares realizadas a partir de la acumulación de capas alternadas de tierra, concha y/o ceniza que generalmente cuentan con dimensiones de hasta 30 m de diámetro y alturas que llegan hasta los 3 m (Pérez 1943). Estas monticulaciones, con fechas en Cuba de 4000 A.P. (Tabío 1984), son muy parecidas entre sí en sus aspectos tecnológicos y son contemporáneas con las documentadas en Barlovento y otros sitios de Colombia (Reichel-Dolmatoff 1997). Cabe señalar que las mismas están totalmente ausentes en contextos tempranos de las Antillas Menores, lo que permite descartar por el momento su arribo a las islas junto con la migración

Ortoiroides desde el noreste de Suramérica. Asimismo, en el caso de la segunda propuesta de los orígenes migratorios hacia las Antillas en este periodo (Belice, península de Yucatán), tampoco se encuentra el complejo *edge ground cobble/millingstone* señalado anteriormente (Rodríguez Ramos 2005b).

Esto nos lleva a argumentar que algunas de las supuestas manifestaciones “híbridas” entre el Casimiroide y el Ortoiroides en realidad señalan, al menos, una manifestación cultural independiente, la cual se pudo trasladar a través de mar abierto directamente hacia las Antillas Mayores y/o las Islas Vírgenes desde la porción sur del área istmo-colombiana, como había sido señalado por Alegría *et al.* (1955), Veloz (1972) y Willey (1976) anteriormente. Esto se comprueba por la ausencia de sitios pre-Arahuacos en las Antillas Menores que antecedan temporalmente a los documentados en Puerto Rico, lo que nuevamente tiende a señalar desplazamientos directos hacia, al menos, Puerto Rico y la República Dominicana. A pesar de que la posibilidad de viajes directos a través del mar abierto desde el área istmo-colombiana hacia las Antillas norteñas parece descabellada a primera vista, los estudios de modelación computadorizada de rutas de navegación desarrollados por Callaghan (1990, 2003) demuestran que dicha posibilidad es factible, especialmente desde los territorios de Colombia y el noroeste de Venezuela.

Una vez llegaron y se establecieron estos grupos en las Antillas, notamos también la articulación de otro vector de interacción de ellos, pero esta vez con Florida. La interacción entre las ahora tres zonas mencionadas en este artículo desde periodos tempranos (i.e el área istmo-colombiana↔las Antillas↔sureste de los Estados Unidos) había sido postulada anteriormente por un considerable número de arqueólogos (e.g. Febles y Baena 1995; Koslowsky 1975; Ford 1969; Riley *et al.* 1990; Sears 1977), sin que recibiese mucha atención en los últimos años. Algunos de los elementos que parecen indicar esta conexión entre el noroeste de Suramérica, las Antillas y La Florida son las gubias y destrales de concha que han sido caracterizadas como diagnósticas en sitios

costeros de las tres zonas (Chanlatte 1984; Febles y Baena 1985). Otro de los elementos que comparte las Antillas y el sureste de los Estados Unidos es la producción microlítica, conocida en Cuba como complejo Canímar-Aguas Verdes (Febles y Baena 1996; Kozlowsky 1975) y en la zona del Golfo como *western lithic co-tradition* documentado en las culturas *Early Woodland*.

La existencia de nexos entre algunas de las sociedades del *Early Woodland* con las Antillas (y hasta con Suramérica) no nos debe sorprender, especialmente a la luz de la documentación existente en torno a estas esferas de interacción en sitios del sudeste de los Estados Unidos como Poverty Point, las cuales se extienden hasta 1500 millas (Jeffreys 2004:123). Si proyectáramos este rango de interacción espacial hacia el sur, el mismo se extendería hasta el norte de Colombia resultando entonces injustificable que se excluya a las Antillas de estos nexos, aún más cuando se han propuesto interacciones con Mesoamérica e incluso con Suramérica (*sensu* Brown 2004). En sitios con monticulaciones como Poverty Point y Jacketown se ha documentado el flujo de productos costeros hacia el norte, como son los dientes de tiburón, cuentas de vértebra de pescado y las piezas confeccionadas en concha (Widmer 2002:394), algunos de los cuales muy probablemente pudieron ser proporcionados por las sociedades que habitaron las Antillas. Dentro de este marco cabe señalar la similitud, tanto morfológica como tecnológica, observada en el enguimiento de montículos de concha (*shellmounds*), entre los caneyes de Cuba y los observados en el *Shellmound Archaic* del sureste de los Estados Unidos (Sassaman 2004), lo que nuevamente podría estar indicando la estrechez interactiva entre estas áreas durante este periodo.

Si reubicamos a las Antillas dentro de las esferas de interacción de estas sociedades, también puede hacer sentido uno de los mayores problemas que ha enfrentado la arqueología del sureste de los Estados Unidos: la introducción del maíz. Aunque el Caribe insular había sido propuesto como una de las posibles fuentes de este tipo de cultígeno (Lathrap 1987; Sears 1977; Riley *et al.* 1990), hasta el momento se había descartado esta posibilidad principal-

mente por la falta de evidencias disponibles (en ese entonces) de la presencia del maíz en los contextos tempranos de las islas (Keegan 1987). Sin embargo, la evidencia presentada anteriormente del maíz temprano en las Antillas Mayores con fechas de al menos 3300 A.P., exige la reconsideración de las propuestas de Sears (1977), Lathrap (1987) y otros acerca de la introducción de este tipo de grano. Ahora existen bases para pensar que la introducción del maíz y otros cultígenos pudo resultar de las interacciones entre las sociedades del sureste de Estados Unidos y los habitantes de las Antillas.

La pregunta ahora es si estos sistemas de interacción entre las Antillas y el sureste de los Estados Unidos fueron el resultado de movimientos poblacionales o interacciones esporádicas. Entendemos que la lingüística puede arrojar luz en este asunto. Granberry y Vescelius (2004) y Greenberg (1987), entre otros, han señalado una conexión genealógica entre el idioma de los Warao del norte de Suramérica y el Timicua de los grupos que habitaron la Península de la Florida. Granberry y Vescelius (2004) han argumentado que el idioma de los Warao fue el que se practicó en las Antillas por grupos prearauacos asociados con la serie Ortoiroides y que el mismo llegó a la Florida vía movimientos poblacionales de estos grupos a través del Caribe insular. De esto ser así, se podrían sugerir conexiones todavía más estrechas entre las Antillas Mayores y el sureste de los Estados Unidos que las que hemos planteado anteriormente, conjugándose, tal vez, los desplazamientos humanos y otros procesos de mayor magnitud. No obstante, debemos señalar que la evidencia presentada por Granberry y Vescelius (2004) para el idioma de las sociedades pre-Arahuacas de las Antillas es sumamente escasa, lo que definitivamente impone límites interpretativos para establecer con un alto nivel de resolución dicha conexión lingüística.

Todos estos movimientos e interacciones sostenidas entre los habitantes tempranos de las Antillas y otras regiones continentales circundantes pueden ser contextualizados dentro de lo que denominamos *periodo formativo pancaribeño*. En todas

las áreas mencionadas hasta el momento se estuvo registrando la articulación de una elite emergente que parece haber estado estableciendo actividades de despliegue público como el *feasting* (Hayden 1994; Sassaman 2004). Esto pudo servir para consolidar el estatus de ciertos individuos mediante la demostración de su poder adquisitivo y aglutinador. La presencia de estos mayores niveles de complejidad social en las sociedades prearahuacas antillanas comienza a ser reconocida en la actualidad (Curet 2003b; Pagán Jiménez *et al.* 2005; Rodríguez Ramos 2001, 2005a, 2006). De aceptar esta idea, estaríamos ante un escenario en el que un grupo particular de individuos en algunas de las áreas señaladas estuvo estableciendo contactos lejanos que le permitiría legitimar discursos de poder mediante la apropiación de objetos, símbolos y técnicas provenientes de lugares ubicados más allá del horizonte (Helms 1987). Asimismo, si aceptamos que algunas de las interacciones interregionales ocurrieron en el ámbito político, podríamos sugerir la posibilidad de que el movimiento del maíz —entre las diferentes áreas donde se desarrollaron tales procesos— pudo responder al uso de éste en la producción de cerveza o chibcha para la conducción de actividades especiales, como ha sido sugerido anteriormente (Widmer 2002:388; Smalley y Blake 2003).

La evidencia presentada señala que los contactos que se registraron en este periodo temprano no se dispararon una vez los grupos arribaron inicialmente a las Antillas, sino que fueron constantes y establecieron las pautas para las esferas de interacción y movimientos poblacionales que se comenzaron a registrar en las Antillas a partir de 2600 A.P.

La intensificación de las interacciones multivectoriales en el Circum-Caribe (2600–1500 A.P.)

El contexto de interacciones múltiples que parece haberse registrado en el formativo temprano de las Antillas se nutre, a partir del 2600 A.P., del flujo poblacional de sociedades arahuacas al área, arropadas dentro de lo que se conoce como la serie Saladoide. La visión tradicional en la arqueología antillana establece

que dicha tradición cultural inmigró desde el área del Orinoco hacia las Antillas Menores y luego hacia Puerto Rico desplazándose de isla en isla. A pesar de ello, la evidencia cronológica disponible al momento plantea una interrogante principal: ¿por qué tenemos fechas más tempranas en las Antillas Menores norteñas como San Martín y Monserrate (2600 A.P.) y Puerto Rico (2450 A.P.) que en las islas al sur del Caribe, como Trinidad y Granada (2200 A.P.)? Esto permite plantear la posibilidad de viajes directos de los Saladoide desde distintos puntos de Suramérica hacia las Antillas norteñas (Keegan 2004; Rodríguez Ramos 2001). Por lo tanto, la evidencia disponible no indica que el Saladoide haya participado de un movimiento unidireccional hacia el norte del arco antillano desde el sureste de Venezuela como se plantea actualmente, sino que pudo haber conllevado un traslado directo a través de mar abierto hacia Puerto Rico y las Antillas Menores norteñas, desde las que pudo haber luego un movimiento hacia el sur para ocupar las Antillas Menores (Keegan 2004). La ausencia de fechas tempranas en las islas del sur del Caribe plantea a su vez problemas en torno al advenimiento de una “diáspora” arahuaca hacia las Antillas como ha sido planteado por Heckenberger (2002) y de forma similar por Rouse (1992), ya que no existe evidencia concreta para establecer la direccionalidad del movimiento asumido por estos investigadores.

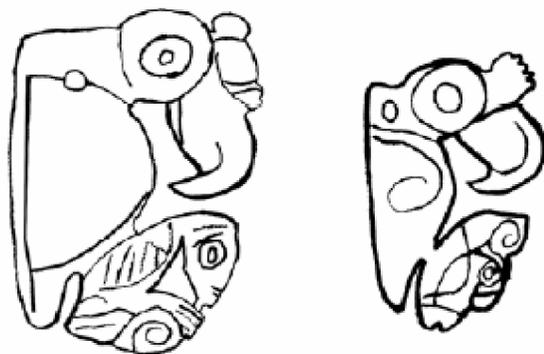
Un dato importante es que los primeros grupos Saladoide que arribaron a las Antillas ya mostraban preferencias adaptativas costeras, lo que tal vez indica que estos grupos no venían necesariamente con una economía de “selva tropical” como ha sido propuesto recientemente por Petersen (1997). La adaptación de estos grupos de un sistema ribereño a uno costero como el que se pudo practicar en el Orinoco, así como el desarrollo de ciertas técnicas de navegación marítimas apropiadas para navegar el Mar Caribe, tuvo que haber tomado más tiempo del que señalan los modelos establecidos al momento y muy probablemente fueron facilitados por el contacto con otras culturas que habitaban el litoral suramericano. La presencia de un trigonolito en un sitio de la

tradición Malambo de Colombia (ca. 2200 A.P.) (Veloz y Angulo 1982), puede ser un indicador discreto de contactos tempranos de los Saladoide con sociedades costeras del oeste de Suramérica, por considerársele a este objeto como uno diagnóstico del desarrollo del cemiísmo atribuido a la serie Saladoide. Esto plantea la posibilidad que algunos de los grupos Saladoide pudieron tener contacto con sociedades hacia el oeste del Orinoco previo y/o durante su proceso de ocupación de las Antillas. De ser así, es muy probable que los distintos grupos humanos durante este periodo se hayan nutrido de las rutas de movimiento e interacción delineadas previamente por los grupos prearahuacos (Rodríguez Ramos 2002) y que, por lo tanto, la primera interacción entre estas sociedades se registrara en el continente, como bien fue señalado por Chanlatte (1984) y Rouse (1964).

Dentro de este contexto incierto se suma además otra tradición antillana denominada como el Huecoide (Chanlatte y Narganes 1980). Las hipótesis sobre el origen de esta manifestación cultural ha dado lugar a uno de los debates de mayor trascendencia en la arqueología del Caribe de las últimas décadas. Las opiniones se han dividido entre aquéllos que piensan que dicho complejo artefactual comprende una subserie dentro de la serie Saladoide desarrollada en las Antillas Menores noroesteñas (i.e. *Huecan Saladoide*; e.g. Siegel 1992; Rouse 1992) o un complejo cultural distinto (Huecoide) proveniente del área del río Guapo en el norte-centro de Venezuela (ver e.g. Chanlatte y Narganes 1980). La cerámica de estos grupos se caracteriza por el empleo del inciso entrecruzado en zonas (ZIC) como la cualidad más distintiva, así como por la ausencia de la pintura blanco sobre rojo (WOR) que caracteriza significativamente a la serie Saladoide.

La lapidaria de esta manifestación cultural es el elemento de la cultura material que ha levantado las mayores controversias, ya que su iconografía dista mucho de la documentada en los sitios Saladoide. Entre la lapidaria Huecoide se distingue el motivo de la ave pico (i.e. *beak bird motif*), siendo éste el elemento emblemático de dicha cultura (Figura 1). El tipo de pájaro representado

Figura 1. Pendientes ornitomorfos de La Hueca, Vieques, Puerto Rico. (modificados de Chanlatte y Narganes 1983).



en estos colgantes ha sido muy estudiado debido a que podría dar indicios del área de origen de esta cultura, aspecto que no está claramente definido al momento. Algunos han argumentado que éstos representan cóndores (e.g. Narganes 1995), situación que apuntaría al origen de esta tradición en el noroeste de Suramérica o el área istmo-colombiana, o un buitre rey (e.g. Boomert 2000), que señala el origen de estos grupos en el noreste de Suramérica. Sin embargo, hasta el momento no se habían identificado piezas similares en ninguna de las dos áreas de procedencia continental propuestas que pudieran arrojar luz sobre este asunto. Afortunadamente, en nuestra revisión de la literatura identificamos piezas casi indistinguibles de las recuperadas en Puerto Rico y Vieques en la cuenca atlántica de Costa Rica (Balsler 1961: figuras 3f y 3g; ver también McGinnis 1997). Este tipo de artefacto en Costa Rica presenta atributos tecnológicos, tipos de materia prima y dimensiones muy similares a las de la tradición Huecoide, lo cual abona evidencia para el argumento de Chanlatte y Narganes (1980) en torno a la procedencia de este tipo de motivo. Otro tipo de pieza compartida en estas dos áreas es lo que ha sido denominado por Narganes (1995) como los batraciformes. Piezas totalmente indistinguibles a las recuperadas en Puerto Rico y Vieques han sido documentadas también en la cuenca atlántica de Costa Rica, en un periodo fechado *ca.* 1820±140 A.P. en el sitio Mercocha

(e.g. Stirling y Stirling 1997: 70, figura 12).

Otro tipo de objetos de corte superestructural en el Huecoide son los producidos con madre perla. Estas piezas presentan una riqueza iconográfica marcada y son casi indistinguibles de las documentadas en Panamá por Cooke (1998: figura 8.10), en el Cerro Juana Díaz, Los Santos. Resulta interesante que una parte de las piezas panameñas fueron producidas con *Pinctada*, siendo éste el mismo tipo de concha empleado en Puerto Rico para la elaboración de las mismas (Chanlatte 1984:43). Al igual que en Panamá, estas piezas fueron producidas en Puerto Rico y Vieques, para lo cual se empleó un conjunto de técnicas que van desde la selección de la materia prima hasta su reducción en piezas terminadas cuyos paralelos parecen ser muy marcados entre ambas colecciones.

Aunque dichos artefactos son contemporáneos en las áreas aquí estudiadas, los mismos no se presentan en las Antillas en asociación con todo el repertorio artefactual documentado en Costa Rica y Panamá. Por ejemplo, las piezas de ave pico y los batraciformes se encuentran asociados a un horizonte bícromo zonal (i.e. *zoned bichrome*; Hoopes 1994) en la cuenca atlántica de Costa Rica. El referido horizonte presenta vasijas con decoraciones y formas diferentes a las documentadas en el Huecoide. En adición, se presentan también metates decorados de cuatro patas, *mace heads* y otros tipos de artefactos que están totalmente ausentes en Puerto Rico y Vieques durante ese periodo. La situación se torna más compleja si consideramos que —a pesar de que el elemento más diagnóstico de la cerámica Huecoide ha sido el uso del ZIC— sitios como Punta Candelero (Miguel Rodríguez López, comunicación personal 2004) y Hope Estate (Haviser 1991b) muestran que en las fases iniciales de esta manifestación cultural las decoraciones se caracterizaban por el empleo de incisos gruesos con punteado zonal, el cual también se observa como elemento decorativo minoritario en La Hueca (Chanlatte y Narganes 2005). A su vez, este tipo de decoración plástica es más parecido a la cerámicas tempranas de Colombia como la de

la manifestación Malambo (Angulo 1981), la cual a su vez presenta marcadas similitudes con algunas variantes del horizonte ceramista prearauaco de las Antillas, como la documentada en el Sitio Pepe de la República Dominicana (Veloz y Ortega 1996) y en Hope Estate en San Martín (Haviser 1991b). Las técnicas de reducción y los tipos de implementos utilitarios de lítica y concha presentes en el Huecoide también presentan atributos similares a los de otros sitios prearauacos de las Antillas Mayores y de sitios formativos tempranos del noroeste de Suramérica (Rodríguez Ramos 2001).

El conjunto de influencias en la formación de la cultura Huecoide nos lleva a plantear una explicación alterna para su formación. Argumentamos que esta manifestación cultural no necesariamente refleja una migración íntegra a las Antillas como ha sido planteado por algunos, sino un desarrollo cultural propiciado por las culturas prearauacas de, al menos, Puerto Rico y Vieques, que surgió tanto por procesos internos de transformación como por las interacciones que éstas mantuvieron con el área istmo-colombiana a través del tiempo. Esto puede dar cuenta de por qué las fases iniciales del Huecoide muestran elementos desarrollados a nivel local asociados con las sociedades prearauacas de las islas (Ej. puntas de hueso, hachas garganteadas, lascas centrípetas, *edge-ground cobbles*), mostrando luego un aumento gradual de elementos indicativos de estos contactos con el continente, los cuales pudieron ser incorporados por procesos como la emulación competitiva (Renfrew 1989). Quizás este substrato arcaico en el Huecoide da cuenta de la consideración de Haviser (1991b) del componente Huecoide del sitio Hope Estate (llamado por Haviser [1991b] el *Early Ceramic*) como indicativo de una fase intermedia entre el Arcaico y los grupos ceramistas que arribaron posteriormente a las islas. Por lo tanto, consideramos que la formación de la cultura Huecoide en las Antillas pudo haber sido el resultado de un proceso gradual de transculturación de los grupos prearauacos caribeños con sociedades del área istmo-colombiana (y viceversa) con las cuales habían sostenido

interacciones constantes previamente. Esto podría explicar por qué la introducción de piezas de jade y otras piedras semipreciosas no ocurre en la manifestación Huecoide desde sus fases iniciales como se ve en los contextos Huecoide más tempranos de Hope Estate, Maisabel (Puerto Rico) o el Convento (Puerto Rico), sino que se incorporan posteriormente a la par con la articulación de las redes de movimiento de lapidaria documentadas en Costa Rica y Panamá a partir del 2300 A.P., o tal vez un poco antes (Snarskis 2003). Además, el importe de jade y otras piedras semipreciosas para ser reducidas a nivel intrasitio, como se ha documentado en diferentes niveles de Punta Candelerero y La Hueca, puede estar indicándonos contactos sostenidos con el área istmo-colombiana a lo largo de la ocupación de dichos yacimientos.

Esta influencia occidental en la formación del Huecoide fue anteriormente propuesta en el contexto antillano por Rodríguez Ramos (2001) sobre la base de un estudio de la lítica utilitaria de los sitios La Hueca y Punta Candelerero. En su estudio, Rodríguez Ramos estableció la presencia de lo que denominó *West to East influence corridor* fundamentándose en el importe de materias primas provenientes principalmente del oeste de Puerto Rico (el pedernal, la serpentina, y la peridotita) y la República Dominicana (el ámbar y pedernal de dicha isla) en ambos contextos Huecoides, siendo éstas adquiridas posiblemente por interacciones con los grupos prearauacos que habitaban dicha zona. Esta apreciación también se basó en la similitud observada en las técnicas de reducción empleadas para la producción de implementos utilitarios en sitios prearauacos de Cuba y República Dominicana. Así, como ya lo señalamos anteriormente, entendemos que se debe auscultar con mayor detenimiento la posibilidad de que la manifestación cultural Huecoide no haya sido una migración íntegra a las Antillas, sino que represente el desarrollo de algunos grupos prearauacos en concomitancia con influencias del área istmo-colombiana (y viceversa), las cuales se comenzaron a forjar desde temprano en el periodo precolonial de las Antillas.

La presencia de dos piezas de madera negra pulida en el

sitio La Hueca arroja luz a este argumento sobre la relación del desarrollo de la manifestación cultural Huecoide con el área istmo-colombiana. La recuperación de estas piezas es sumamente importante ya que, como señalara Helms (1987), el tráfico de piezas de madera negra pulida parece haber sido un elemento de suma importancia en los sistemas de interacción registrados entre el área istmo-colombiana y el Caribe insular. Aún así, la presencia de estas piezas en contextos tempranos en Vieques precede la temporalidad establecida por Helms, quien entiende que el tráfico de piezas de madera negra pulida se dio durante las fases tardías de ambas regiones como parte de un intercambio interelites. En Puerto Rico, también existe evidencia del importe de pequeñas piezas de adorno personal creadas por la aleación del oro y el cobre (i.e. tumbaga) durante este periodo en un contexto Saladoide, con fechas de 1810 ± 60 A.P. (Siegel y Severin 1993). Durante este periodo, la producción de tumbaga ha sido limitada al territorio de Colombia (Hoopes y Fonseca 2003). Como ha sido observado por Siegel y Severin (1993:77), es muy probable que estos identificadores de oro hayan sido tramitados en las mismas redes de interacción donde circularon las piedras semipreciosas y la madera negra pulida entre estas áreas, de las que parecen haber participado tanto los grupos Huecoide como Saladoide.

Durante este periodo todas las piezas que se tramitaron en el Caribe, tanto las semipreciosas como las de metal, se encuentran asociadas principalmente a adornos corporales. Piezas como las narigueras, cuentas y pendientes de piedras semipreciosas pueden servir como indicadores de una gestación más formal de la distribución asimétrica de poder en estas sociedades. De esto ser así, estas piezas pudieron estar expresando o traduciendo actividades que reflejaban el dominio del paisaje natural —observado en los contextos prearahuacos— hacia la proyección de la alta jerarquía de ciertos agentes mediante el despliegue y el control de símbolos a nivel personal. Los referidos adornos corporales que señalan conexiones externas pudieron haber sido empleados por estos individuos como emblemas de su capacidad diferencial para

entablar contacto con el supramundo. Como veremos adelante, la apropiación y manipulación de estos contactos externos y de los símbolos asociados a dichos nexos, pudieron haber servido como eje inicial para la creación de linajes dominantes en las Antillas, cuyo historial se puede remontar a los vectores de interacción desarrollados desde tiempos prearahuacos en las islas.

Los vectores de interacción circum-caribeños y las manifestaciones culturales tardías de las Antillas (1500-500 A.P.)

A partir del 1500 A.P. en Puerto Rico comienzan a revelarse otros marcados indicadores arqueológicos de influencias externas. Entre éstos se destaca el advenimiento del empleo de la deformación craneana fronto-occipital (Crespo 2000, 2005). Debido a la presencia de lo que parecen ser cabezas deformadas en asociación con el cóndor Huecoide, Crespo establece la posibilidad de que este tipo de práctica haya sido introducida por dicho grupo a las Antillas. La hipótesis de Crespo parece sustentarse en la presencia del único enterramiento con deformación craneana fronto-occipital identificado en contextos agrocerámicos tempranos en las Antillas, recuperado en el sitio Morel en Guadalupe. Este enterramiento presenta ofrendas como cuentas de piedras semipreciosas similares a las identificadas en los contextos Huecoide de Puerto Rico y Vieques (Petigeon-Roget 1993). No obstante, este es el único enterramiento con deformación craneana fronto-occipital identificado en las Antillas Menores hasta el momento. La ausencia de la deformación cefálica en las Antillas Menores, en contextos que antecedan los de Puerto Rico (con la excepción del caso previamente mencionado), parece indicar su desarrollo se dio de forma independiente en las Antillas Mayores o que dicha práctica se difundió directamente desde algún punto de los continentes circundantes el cual no puede ser precisado al momento.

A partir de esta fecha notamos otros cambios marcados en las Antillas Mayores, siendo uno de ellos la disminución en el énfasis del movimiento de jade, serpentina y otras piedras semipreciosas

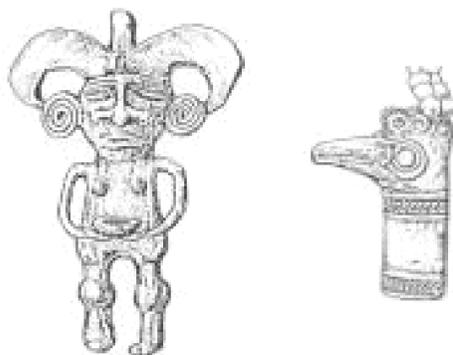
para la producción de lapidaria documentada en tiempos anteriores (Rodríguez Ramos 2002; Sued Badillo 1979). Es importante señalar que esto coincide temporalmente con el descenso en el énfasis del trámite de piedras verdes registrado en el área istmo-colombiana, donde se ha documentado una transición hacia el movimiento de piezas de tumbaga a partir del 1500 A.P. (Hoopes y Fonseca 2003). En el Caribe insular se distingue una transición hacia el trabajo lapidario sobre la piedra dura, mismo que se había registrado mucho antes en los grupos prearauacos de las Antillas Mayores, evidenciado principalmente en la producción de dagolitos, bolas pétreas, vasijas de piedra y manos cónicas, entre otros. Por lo tanto, la elaboración de lapidaria con piezas duras en las Antillas parece representar un desarrollo local de las técnicas lapidarias prearauacas, las cuales a su vez se vieron nutridas, y posiblemente nutrieron, las documentadas en otros contextos circum-caribeños donde han sido registradas. De hecho, Balser (1954) señaló que muchos de los motivos identificados en varios de los metates, así como en una “base de fertilidad” hecha de cerámica recuperados de la cuenca Atlántica de Costa Rica, parecen reflejar influencias de la cosmovisión antillana derivadas de lo recopilado por Fray Ramón Pané del Mito Taíno. Por su parte, Veloz (1972) indica que cinco metates producidos sobre piedras duras, identificados por Michael Coe como provenientes de Costa Rica, fueron identificados en las Antillas Mayores, específicamente en Cuba, República Dominicana y Puerto Rico.

Otros elementos que aparecen en las Antillas Mayores durante este tiempo son las plazas cívico-ceremoniales. La determinación del origen de éstas ha estado polarizado entre los que piensan que las mismas fueron el resultado de la formalización del espacio central de las villas concéntricas Saladoides (e.g. Siegel 1992) y otros que han señalado que su construcción refleja el advenimiento de influencias externas, posiblemente de Centroamérica (e.g. Alegría 1983; Fernández 1979). Si tomamos en consideración que las plazas más tempranas se encuentran en sitios próximos a ríos o con accesos a éstos desde la costa en Puerto Rico (como

Tibes y Las Flores), podríamos argumentar en favor de que dicho espacio formalizado fue delimitado con el propósito de acarrear actividades de interacción (e.g. *feasting* o *sharing*), tanto a nivel regional como interregional, como ha sido documentado en otros contextos (e.g. Fox 1996). Un dato importante es que los bateyes se remiten casi exclusivamente a las Antillas Mayores, encontrándose en las Antillas Menores sólo en las Islas Vírgenes y en Antigua. De esta manera, si el desarrollo de las plazas hubiese ocurrido a partir de la evolución del espacio intracomunitario de las sociedades Saladoide, entonces esperaríamos su presencia también en sitios pos-Saladoides tempranos en las Antillas Menores, que no ha sido el caso. Esto nos lleva a coincidir con la apreciación de Alegría (1983), Fernández (1979), García (1984) y Willey (1980), entre otros, de que estas plazas reflejan influencias centroamericanas, aunque el área específica de procedencia de las mismas no es clara al momento. Lo que sí cabe destacarse, es que las plazas fueron espacios delimitados posiblemente para la exposición de poder mediante actividades aglutinadoras, donde posiblemente se reunían personas de diversas localidades y etnicidades como ha sido documentado en otros contextos.

No sólo las plazas, sino otros elementos faunísticos conocidos también como conejillos de india (conocidos también güimos

Figura 2. Ídolo de Yagahuay (izquierda) y pieza ornitomorfa, Banes, Cuba (modificados de Oliver 2000).



o *Cavia* sp.), también han sido documentados en las Antillas Mayores y en Antigua (en el mismo sitio que tiene la plaza ceremonial), pero hasta el presente no se han identificado en las Antillas Menores (Newsom y Wing 2004:107). En Suramérica se ha trazado la domesticación de los conejillos de india hasta el área andina, atribuyéndoseles un carácter superestructural (Newsom y Wing 2004:205). Estos roedores no se encuentran en las Antillas Menores al sur de Antigua, lo que ha llevado a Wing a proponer, entre otras posibilidades, el movimiento directo de este recurso faunístico desde noroeste de Suramérica hacia las Antillas Mayores en tiempos precoloniales tardíos.

Finalmente, otros tipos de artefactos que comienzan a ser importados a las Antillas Mayores, probablemente desde el territorio de Colombia, son los ídolos formales producidos con aleaciones de oro con cobre: el llamado guanín en las Antillas. En el Caribe insular no existe evidencia alguna de la fundición local de estos tipos de artefactos, lo que sugiere su importe en forma terminada a las islas. Lamentablemente, la intensidad del importe de este tipo de recurso no se puede definir con claridad por el hecho de que fue uno de los elementos apropiados por los invasores europeos que arribaron a las islas durante el periodo de contacto. Sin embargo, algunas de estas piezas han sobrevivido, principalmente en Cuba y Haití. Dos piezas se destacan en Cuba: una antropomorfa proveniente del barrio de Yaguajay y conocida como “el ídolo de oro de Banes” (Alonso 1951; Morales 1951) y otra ornitomorfa recuperada en el sitio Chorro de Maíta, situado también en el territorio de Banes (Valcárcel 2002) (Figura 2). Revisiones y análisis del ídolo de Banes realizadas por expertos como Samuel K. Lothrop, Carlos García Robiou e Irving Rouse en la década de 1950, coincidieron con el propuesto origen colombiano de dicha pieza (Alonso 1951:41-42). Tanto el ídolo de Banes como la pieza ornitomorfa recuperada en Chorro de Maíta, a su vez, presentan un parecido muy marcado con piezas de Sinú en Colombia, identificadas como representaciones del pato cuchara (Legast 1980:66).

Durante este periodo el vector Antillas-Florida no parece haber desaparecido. Por ejemplo, existe evidencia de la presencia de un hacha de procedencia antillana en un contexto precolonial tardío de la Florida (Goggin y Rouse 1948), así como de cerámica con patrones decorativos similares en ambas áreas (Holmes 1894; Rouse 1940). En adición, se ha documentado la presencia de un dujo de madera y de un ídolo antropomorfo tradicional antillano en contextos sumergidos en la Florida, con fechas correlacionadas con el periodo Taíno (Purdy 1988). A su vez, el origen del consumo y las formas de procesamiento de la *Zamia* (llamada *coontie* en la Florida) documentados en las fuentes etnohistóricas de la Florida también han sido trazados a las Antillas (Smith 1951). Esto parece señalar nuevamente la continua interacción que se registró entre los habitantes del Caribe insular y la referida porción de Norteamérica hasta periodos precolombinos tardíos.

Comentarios finales

En el presente trabajo hemos presentado evidencias múltiples, a manera de *collage*, de las marcadas interacciones que estuvieron ocurriendo en el área circum-caribeña. Aunque hemos enfocado nuestra atención en las Antillas, entendemos que los datos presentados deben estimular en los arqueólogos que trabajan en las áreas referidas la indagación de evidencias sobre los productos de procedencia no local que podrían estar indicando el flujo de piezas, técnicas y conceptos caribeños insulares hacia dichas zonas. Al momento no está claro si muchas de las manifestaciones discutidas en este trabajo fueron desarrolladas inicialmente en las Antillas o en las otras áreas referidas.

Muchas de las evidencias presentadas señalan un contexto de tramitación de elementos cuyo carácter se extiende, desde la agroeconomía y la cultura material hasta el rango superestructural, especialmente a partir del 2600 A.P. Esto es de suma trascendencia debido a que emerge, desde el punto de vista superestructural en el panorama regional, una gramática ritual traducida en los diferentes contextos geoculturales, pero con una

estructura subyacente similar que tendría que ser decodificada en trabajos posteriores (consultar a Helms [1984], McGinnis [1997], Oliver [2000] y Sued [1978] quienes han dado pasos agigantados en dicha dirección). Aún así, el carácter del movimiento de recursos parece haber estado en continua transformación, no necesariamente en forma lineal, entre las diferentes sociedades que habitaron las Antillas a través del tiempo. El anterior argumento se refuerza cuando notamos un cambio desde el énfasis entre el movimiento de cultígenos (técnicas de cultivos y repertorios culinarios) e implementos utilitarios (e.g. destrales de concha y azadas garganteadas) hacia el movimiento de materias primas semipreciosas y/o identificadores personales (e.g. cuentas y pendientes) seguido por el movimiento de piezas de despliegue público (e.g. ídolos de tumbaga, piedra y madera). Estos continuos cambios en las esferas de interacción pueden estar revelándonos el inicio y desenlace de la gestación de una jerarquía social que inició desde los tiempos prearahuacos y culminó en etapa final de la historia precolonial de las islas.

Nuestro énfasis en el Caribe insular a lo largo de este trabajo no busca señalar esta área como un recipiente de influencias de todas las zonas continentales mencionadas en detrimento de los evidentes desarrollos locales, sino insertarla dentro de un marco de interacciones más amplio con el propósito de *desinsularizar* la arqueología antillana. Aunque hemos enfatizado en este trabajo las interacciones del Caribe insular con el área istmo-colombiana y el sureste de los Estados Unidos, no queremos supeditar tampoco las interacciones sostenidas que tuvieron que ocurrir con el noreste de Suramérica como ha sido señalado tradicionalmente y, muy probablemente, con Mesoamérica como ha sido promovido por algunos investigadores (Fernández 1979; García 1984).

Uno de los elementos que hemos querido resaltar es que, al menos, algunos de los vectores de interacción en el Caribe insular fueron delimitados inicialmente por las sociedades prearahuacas que habitaron las islas. Argumentamos que los contactos a larga distancia fueron empleados como elementos de manipulación

desde tiempos tempranos, dando al traste con la imagen de que dichos procesos se remitieron únicamente a la formación de las sociedades cacicales tardías de las islas (Crock 2000:324-325). Entendemos que muchos de los nexos a los que hicimos referencia se mantuvieron, mientras que otros fueron agregados o desaparecieron, lo que justifica nuestro empleo de los vectores multidimensionales como analogía para hacer operativas y visibles dichas interacciones. Tal vez la presencia de los nexos (reproducidos, negociados y reformulados) expuestos a través del tiempo pueden dar explicación a las evidencias etnohistóricas que señalan la aceptación de individuos antillanos en las tierras Calusa en Florida (Purdy 1988) o la presencia de grupos arahuacos en Panamá y Costa Rica (Stone 1974) durante el periodo de contacto indo-europeo. Las conexiones circum-caribeñas también pueden dar cuenta del carácter multiétnico de las manifestaciones culturales tardías de las Antillas (Wilson 1999; Rodríguez Ramos 2005a) las que, lamentablemente, han sido arrojadas bajo la sábana del concepto Taíno, creándose así una falsa imagen de homogeneidad cultural durante las fases finales del periodo precolonial antillano.

Aunque en este trabajo no presentamos evidencias concluyentes, al menos esperamos haber levantado sospechas en torno a las interacciones sostenidas entre las Antillas y los continentes circundantes. Así, de alguna manera se podrán devolver a la luz las ideas de los arqueólogos pioneros de la región, quienes a su vez miraron más allá del horizonte en busca de las conexiones entre los grupos humanos que habitaron el Circum-Caribe en tiempos precoloniales, muchos de los cuales fueron citados en el presente trabajo.

Referencias

- Alegría, Ricardo E. 1983. *Ball Courts and Ceremonial Plazas in the West Indies*. New Haven: Yale University Publications in Anthropology.
- _____, H.B. Nicholson y Gordon R. Willey. 1955. "The Archaic Tradition in Puerto Rico." *American Antiquity* 21:113-121.

- Alonso, Orencio M. 1951. *El primer ídolo precolombino encontrado en Cuba*. La Habana: Editorial Lex.
- Angulo, Carlos. 1981. *La tradición Malambo: Un complejo temprano en el noroeste de Suramérica*. Bogotá: Industria Continental Gráfica.
- Ardila, Gerardo I. 1984. *Chia: Un sitio precolombino en la sabana de Bogotá*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.
- Ayes, Carlos. 1993. *Angostura: un campamento arcaico temprano del Valle Manatuabón, Barrio Florida Afuera, Barceloneta, Puerto Rico*. Reporte sometido al Consejo para la Protección del Patrimonio Arqueológico Terrestre de Puerto Rico, San Juan.
- Balsler, Carlos. 1954. "A Fertility Vase from the Old Line, Costa Rica." *American Antiquity* 20 (4):384-387.
- _____. 1961. "Some Costa Rica Jade Motifs." Pp. 210-217 en *Essays in Pre Columbian Art and Archaeology*, editado por Samuel Lothrop et al. Cambridge: Harvard University Press.
- Barker, Alex W. et al. 2002. "Mesoamerican Origin for an Obsidian Scraper from the Precolumbian Southeastern United States." *American Antiquity* 67 (1):103-108.
- Bentley, Jerry H. 1999. "Sea and Ocean Basins as Frameworks of Historical Analysis." *Geographical Review* 89 (2):215-224.
- Boomert, Arie. 2000. *Trinidad, Tobago and the Lower Orinoco Interaction Sphere: An Archaeological/Ethnohistorical Study*. Holanda: Cairi Publications.
- Botiva Contreras, Álvaro. 1989. "La Altiplanicie Cundiboyacense". Pp. 77-118 en *Colombia Prehispánica: regiones arqueológicas*, editado por A. Botiva, G. Cadavid, L. Herrera, A.M. Groot de Mahecha y S. Mora. Bogotá: Empresa Editorial Universidad Nacional.
- Brown, James A. 2004. "Exchange and Interaction until AD 1500." Pp. 677-685 en *Handbook of North American Indians* 14, editado por W.C. Sturtevant. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- Brown, William L. 1960. *Races of Maize in the West Indies*. Washington, D.C.: National Academy of Sciences.
- Burney, David A., Linda Piggot Burney y R.D.E. McPhee. 1994. "Holocene Charcoal Stratigraphy from Laguna Tortuguero, Puerto Rico, and the Timing of Human Arrival on the Island." *Journal of Archaeological Science* 21:273-281.

- Callaghan, Richard T. 1990. "Mainland Origins of the Preceramic Cultures of the Greater Antilles." Disertación doctoral, Departamento de Arqueología, University of Calgary, Canadá, inédito.
- _____. 2003. "Comments on the Mainland Origins of the Preceramic Cultures of the Greater Antilles." *Latin American Antiquity* 14 (3):323-338.
- Chanlatte, Luis A. e Yvonne Narganes. 1980. "La Hueca, Vieques: nuevo complejo cultural agroalfarero en la arqueología antillana." Pp. 501-523 en *Actas del VIII^{vo}. Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*.
- _____. 1984. *Arqueología de Vieques*. República Dominicana: Editora Corripio.
- _____. 1991. *El hombre de Puerto Ferro*. Río Piedras: Museo de Historia, Antropología y Arte, Universidad de Puerto Rico.
- Cooke, Richard. 1998. "Cupica (Chocó): A Reappraisal of Gerardo Reichel-Dolmatoff's Fieldwork in a Poorly Studied Region of the American Tropics". Pp. 91-108 en *Recent Advances in the Archaeology of the Northern Andes, In Memory of Gerardo Reichel-Dolmatoff*, editado por Augusto Oyuela Caycedo, J. Scott Raymond y Gerardo Reichel-Dolmatoff. The Institute of Archaeology Monograph 39. Los Angeles: University of California.
- Crespo, Edwin. 2000. "Estudio comparativo biocultural entre dos poblaciones prehistóricas en la isla de Puerto Rico: Punta Candelero y Paso del Indio." Disertación doctoral, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____. 2005. "La cultura Huecoide y su conexión con la introducción de la práctica de deformación cefálica intencional en las Antillas." Pp. 57-65 en *Cultura La Hueca*, editado por Luis Chanlatte e Ivonne Narganes. Río Piedras: Museo de Historia, Antropología y Arte, Universidad de Puerto Rico.
- Crock, John G. 2000. "Inter-island Interaction and the Development of Chiefdoms in the Eastern Caribbean." Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of Pittsburgh, inédito.
- Curet, Luis A. 2003. "Issues on the Diversity and Emergence of Middle-Range Societies of the Ancient Caribbean: A Critique." *Journal of Archaeological Research* 11 (1):1-42.
- Febles, Jorge y G. Baena. 1995. "La industria de piedra tallada del sitio

- arqueológico Medialuna, El Guaso, Provincia de Guantánamo.” Pp. 4-6 en *Contribuciones al conocimiento de las industrias líticas en comunidades aborígenes de Cuba*, editado por Jorge Febles. La Habana: Editorial Academia.
- Fernández, Eugenio. 1979. *Arte y mitología de los indios Taínos de las Antillas Mayores*. San Juan: Ediciones El Cemí.
- Ford, James A. 1969. *A Comparison of Formative Cultures in the Americas: Diffusion or the Psychic Unity of Man*. Smithsonian Contributions to Anthropology 2. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- Fortuna, Luis. 1980. “El maíz en la dieta indígena.” *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* 13:159-169.
- . 1981. “Informe palinológico.” Pp. 83-89 en *Estudio de cuatro nuevos sitios paleoarcaicos en la Isla de Santo Domingo*, editado por Elpidio Ortega y J. Guerrero. Santo Domingo: Editora Taller.
- Fox, John G. 1996. “Playing with Power: Ballcourts and Political Ritual in Southern Mesoamerica.” *Current Anthropology* 37 (3):483-509.
- García, Osvaldo. 1984. *Influencias mayas y aztecas en los Taínos de las Antillas Mayores*. San Juan: Editorial Xibalbay.
- Giddens, Anthony. 1984. *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*. Cambridge: Polity Press.
- Goggin, John M. e Irving Rouse. 1948. “A West Indian Ax from Florida.” *American Antiquity* 13 (4):323-325.
- Granberry, Julian W. y Gary S. Vescelius. 2004. *Languages of the Pre-Columbian Antilles*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Greene, Brian. 2000. *The Elegant Universe: Superstrings, Hidden Dimensions, and the Quest for the Ultimate Theory*. Londres: Vintage.
- Greenberg, J.H. 1987. “Review of Language in the Americas.” *Current Anthropology* 28 (5):646-647.
- Haviser, Jay. 1991a. “Development of Prehistoric Interaction Sphere in the Northern Lesser Antilles.” *Nieuwe West-Indische Gids* 65 (3-4):29-151.
- . 1991b. “Preliminary Results from Test Excavations at the Hope Estate Site (SM-026), St. Martin.” Pp. 647-666 en *Actas del XIII^{er} Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*.
- Hayden, Brian. 1994. “Competition, Labor, and Complex Hunters-

- Gatherers.” Pp. 223-239 en *Key Issues in Hunter-Gatherer Research*, editado por E.S. Burch y L.J. Ellana. Oxford: Berg.
- Heckenberger, Michael. 2002. “Rethinking the Arawakan Diaspora: Hierarchy, Regionality, and the Amazonian Formative.” Pp. 99-121 en *Comparative Arawak Histories*, editado por F. Santos y J. Hill. Illinois: University of Illinois Press.
- Helms, Mary W. 1987. “Art Styles and Interaction Spheres in Central America and the Caribbean: Polished Black Wood in the Greater Antilles.” Pp. 67-84 en *Chiefdoms in the Americas*, editado por R.D. Drennan y C.A. Uribe. Lanham: University Press of America.
- Higuera Gundy, Antonia, Mark Brenner, David Hodell, Jayson Curtis, Barbara Leyden y Michael Binford. 1999. “A 10,300 ¹⁴C yr Record of Climate and Vegetation Change from Haiti.” *Quaternary Research* 52:159-170.
- Holmes, W. H. 1894. “Caribbean Influence in the Prehistoric Art of the Southern States.” *American Anthropologist* 7 (1):71-79.
- Hoopes, John, W. 1994. “The Tronadora Complex: Early Formative Ceramics in Northwestern Costa Rica.” *Latin American Antiquity* 5 (1):3-30.
- _____ y Oscar M. Fonseca. 2003. “Goldwork and Chibchan Identity: Endogenous Change and Diffuse Unity in the Isthmo-Colombian Area.” Pp. 49-89 en J. Quilter y J. Hoopes, *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Jeffreys, Richard W. 2004. “Regional Cultures, 700 BC–AD 1000.” Pp. 115-127 en *Handbook of North American Indians* 14, editado por W.C. Sturtevant. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.
- Jouravleva, Irina. 2002. “Origen de la alfarería temprana de las comunidades protoagroalfareras de la región central de Cuba.” *El Caribe Arqueológico* 6:35-43.
- Keegan, William F. 1987. “Diffusion of Maize from South America: The Antillean Connection Reconsidered.” Pp. 329-344 en *Emergent Horticultural Economies of the Eastern Woodlands*, editado por W.F. Keegan. Southern Illinois University, Center for Archaeological Investigations Occasional Papers 7.
- _____. 2004. “Islands of Chaos.” Pp. 33-44 en *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*, editado por A. Delpuech y

- C.L. Hoffman. Paris: BAR International Series.
- _____ y Reniel Rodríguez Ramos. 2004. "Sin rodeos." *El Caribe Arqueológico* 8:8-14.
- Knippenberg, Sebastian. 1999. "Lithic Procurement During the Saladoid Period within the Northern Lesser Antilles." Ponencia presentada en el XVIII^{vo} Congreso Internacional de Arqueología del Caribe, Grenada.
- Kozłowski, Janus K. 1975. *Las industrias de la piedra tallada de Cuba en el contexto del Caribe*. La Habana: Academia de Ciencias de Cuba.
- Langebaek, Carl H. 1992. *Noticias de caciques muy mayores: origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y el norte de Venezuela*. Bogotá: Editorial Universidad de Antioquia.
- Lathrap, Donald W. 1973. "The Antiquity and Importance of Long-Distance Trade Relationships in the Moist Tropics of Pre-Columbian South America." *American Antiquity* 5 (2):170-186.
- _____. 1987. "The Introduction of Maize in Pre-historic Eastern North America: The View from Amazonia and Santa Elena Peninsula." Pp. 345-371 en *Emergent Horticultural Economies of the Eastern Woodlands*, editado por W.F. Keegan. Southern Illinois University, Center for Archaeological Investigations, Occasional Papers 7.
- Legast, Anne. 1980. *La fauna en la orfebrería Sinú*. Bogotá: Litografía Arco.
- Lundberg, Emily. 1989. "Preceramic Procurement Patterns at Krum Bay, Virgin Islands". Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of Illinois-Urbana, Illinois, inédito.
- Martínez, Roberto. 1994. "El yacimiento arcaico La Tembladera en Morovis, Puerto Rico". Tesis de maestría en Estudios Puertorriqueños, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan, inédito.
- McGimsey, Charles R. 1956. "Cerro Mangote: A Preceramic Site in Panama." *American Antiquity* 22 (2):151-161.
- McGinnis, S.A. 1997. "Ideographic Expression in the Precolumbian Caribbean". Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of Texas, Austin, inédito.
- Morales, Oswaldo. 1951. *Estudio comparativo del pendiente efigie de oro encontrado en Banes*. La Habana: Editorial Lex.

- Narganes, Ivonne. 1995. "La lapidaria de la Hueca, Vieques, Puerto Rico." Pp. 141-149 en *Actas del XV^{to}. Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*.
- Newsom, Lee y Deborah Pearsall. 2003. "Trends in Caribbean Island Archaeobotany." Pp. 347-412 en *People and Plants in Ancient Eastern North America*, editado por P.E. Minnis. Washington, D.C.: Smithsonian Books.
- _____ y Elizabeth S. Wing. 2004. *On Land and Sea*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Oliver, José R. 2000. "Gold Symbolism among Caribbean Chiefdoms: Of Feathers, Cibas, and Guanín Power among Taíno Elites." Pp. 196-219 en *Precolonian Gold: Technology, Style and Iconography*, editado por C. McEwan. Londres: British Museum Press.
- Pagán Jiménez, Jaime R. 2002. "Agricultura precolombina de las Antillas: retrospectiva y análisis." *Anales de Antropología* 36:43-91.
- _____ et al. 2005. "La temprana introducción y uso de algunas plantas domésticas, silvestres y cultivos en Las Antillas precolombinas: una primera revaloración desde la perspectiva del "arcaico" de Vieques y Puerto Rico." *Diálogo Antropológico* 3 (10):7-33.
- Pearsall, Deborah. 1992. "The Origins of Plant Cultivation in South America." Pp. 173-205 en *The Origins of Agriculture: An International Perspective*, editado por C. Wesley Cowan y P.J. Watson. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- Pérez, Roberto. 1943. "Mounds", "Caneyes", "Cerrillos", o "Lometones". La Habana: Impresora Pérez Sierra.
- Petersen, James B. 1997. "Taino, Island Carib, and Prehistoric Amerindian Economies in the West Indies: Tropical Forest Adaptations to Island Environments." Pp. 118-130 en *The Indigenous People of the Caribbean*, editado por Samuel Wilson. Gainesville: University Press of Florida.
- Peterson, I. 1998. *The Jungles of Randomness: a Mathematical Safari*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- Petitjean Roget, H. 1993. "Note sur deux amulettes Huecoides en Bois Site de Morel, Guadeloupe." Pp. 417-422 en *Actas del XV^{to}. Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*.
- Pinto, María, ed. 2003. *Galindo, un sitio a cielo abierto de cazadores/recolectores en la Sabana de Bogotá (Colombia)*. Bogotá: Panamericana

Formas e Impresos.

- Piperno, Dolores e Irene Holst. 1998. "The Presence of Starch Grains on Prehistoric Stone Tools from the Humid Neotropics: Indications of Early Tuber Use and Agriculture in Panama." *Journal of Archaeological Science* 25:765-776.
- _____ y Deborah Pearsall. 1998. *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*. San Diego, CA: Academic Press.
- Price, Barbara J. 1977. "Shifts in Production and Organization: A Cluster-Interaction Model." *Current Anthropology* 18 (2): 209-233.
- Purdy, Barbara. 1988. "American Indians after A.D. 1492: A Case Study of Forced Culture Change." *American Anthropologist* 90 (3):640-655.
- Ranere, Anthony J. 1975. "Tool Making and Tool Use Among the Preceramic Peoples of Panama." Pp. 173-209 en *Lithic Technology: Making and Using Stone Tools*, editado por E. Swanson. Amsterdam-París: Mouton Publishers.
- _____ y Richard G. Cooke. 1996. "Stone Tools and Cultural Boundaries in Prehistoric Panama." Pp. 49-77 en *Paths to Central American Prehistory*, editado por F.W. Lange. Niwot: University Press of Colorado.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo. 1997. *Arqueología de Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.
- Riley, Thomas J., Richard Edging y Jack Rossen. 1990. "Cultigens in Prehistoric Eastern North America: Changing Paradigms." *Current Anthropology* 31 (5):525-541.
- Renfrew, Colin. 1986. "Introduction: Peer Polity Interaction and Socio-Political Change." Pp. 1-18 en *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, editado por C. Renfrew y J.F. Cherry. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rodríguez López, Miguel. 1991. "Early Trade Networks in the Caribbean." Pp. 306-314 en *Actas del XIV^o. Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por A. Cummings y P. King. Barbados.
- Rodríguez Ramos, Reniel. 2001. "Lithic Reduction Trajectories at La Hueca and Punta Candeleró Sites, Puerto Rico." Tesis de maestría, Departamento de Antropología, Texas A&M University, inédito.
- _____. 2002. "Dinámicas de intercambio en el Puerto Rico

- prehispanico.” *El Caribe arqueológico* 6:16-22.
- _____. 2005a. “The Crab-Shell Dichotomy Revisited: the Lithics Speak Out.” Pp. 1-54 en *Ancient Borinquen: Archaeology and Ethnohistory of Native Puerto Rico*, editado por P. Siegel. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- _____. 2005b. “The Function of the Edge-Ground Cobble Put to the Test: An Initial Assessment.” *Journal of Caribbean Archaeology* 5:1-22.
- _____. 2006. “From the Guanahatabey to the “Archaic” of Puerto Rico: the Non-evident Evidence.” *Ethnohistory*, en imprenta.
- Rouse, Irving. 1953. “The Circum-Caribbean Theory, An Archaeological Test.” *American Anthropologist* 55 (2):188-200.
- _____. 1964. “Prehistory of the West Indies.” *Science* 144(3618):499-513.
- _____. 1989. “Peoples and Cultures of the Saladoid Frontier in the Greater Antilles.” Pp. 383-404 en *Early Ceramic Population Lifestyles and Adaptive Strategies in the Caribbean*, editado por P. Siegel. Oxford: BAR International Series.
- _____. 1992. *The Taínos: Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus*. New Haven: Yale University Press.
- _____ y Ricardo E. Alegría. 1990. *Excavations at María de la Cruz Cave and Hacienda Grande Village Site, Loíza, Puerto Rico*. Yale University Publications in Anthropology 80. New Haven: Yale University Press.
- Sáez, Juanita y Roberto Lleras. 1999. “Las relaciones prehispanicas entre los territorios de Costa Rica y Colombia.” Pp. 67-88 en *Oro y jade: emblemas de poder*, editado por C. I. Botero. Costa Rica: Panamericana Formas e Impresos.
- Sarah, Timothy R., José J. Ortiz y Lee A. Newsom. 2003. “Recent Paleoenvironmental Investigations on Vieques Island, Puerto Rico.” Ponencia presentada en el XXI^o. *Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, República Dominicana, inédito.
- Sassaman, Kenneth. 2004. “Complex Hunters-Gatherers in Evolution and History: A North American Perspective.” *Journal of Archaeological Research* 12(3):227-280.
- Sears, William H. 1977. “Seaborne Contacts between Early Cultures in Lower Southeastern United States and Middle through South

- America.” Pp. 1-6 en *The Sea in the Pre-Columbian World*, editado por E. P. Benson. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Siegel, Peter E. 1992. “Ideology, Power and Social Complexity in Prehistoric Puerto Rico.” Disertación doctoral, State University of New York, Binghamton, University Microfilms, Ann Arbor.
- _____ y Kenneth P. Severin. 1993. “The First Documented Prehistoric Gold-Copper Alloy Artefact from the West Indies.” *Journal of Archaeological Science* 20:67-69.
- _____ et al. 1999. “Culture and Environment in Prehistoric Puerto Rico.” Ponencia presentada en la 64^{ta}. Reunión Anual de la Society for American Archaeology, Chicago, inédito.
- Smith, Hale G. 1951. “The Ethnological and Archaeological Significance of *Zamia*.” *American Anthropologist* 53 (2):238-244.
- Snarskis, Michael J. 2003. “From Jade to Gold in Costa Rica: How, Why, and When.” Pp. 159-204 en *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia*, editado por J. Quilter y J.W. Hoopes. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Steward, Julian. 1948. “The Circum-Caribbean Tribes: An Introduction.” Pp. 1-41 en *The Circum Caribbean Tribes, Handbook of South American Indians* 4, editado por J.H. Steward. Bulletin of the Bureau of American Ethnology, No. 143. Washington, D.C.: Smithsonian Institution
- Stirling, Matthew W. y Marion Stirling. 1997. *Investigaciones arqueológicas en Costa Rica*. San José: Imprenta Nacional.
- Stone, Doris. 1974. “La presencia hipotética de las culturas arawaka y taírona en Panamá y Costa Rica.” *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* 5:129-134.
- _____. 1977. *Pre-Columbian Man in Costa Rica*. Cambridge: Peabody Museum Press.
- Stotterth, Karen E. 1985. “The Preceramic Las Vegas Culture of Coastal Ecuador.” *American Antiquity* 50 (3):613-617.
- Sued Badillo, Jalil. 1979. “La industria lapidaria pretaína en las Antillas.” *Revista Interamericana* 8 (3):429-462.
- Valcárcel, Roberto. 2002. *Banes precolombino: la ocupación agricultora*. Holguín: Ediciones Holguín.
- Veloz, Marcio. 1972. *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*. Singa-

- pore: McGraw-Hill.
- _____. 1980. *Las sociedades arcaicas de Santo Domingo*. Santo Domingo: Editora Taller.
- _____ y Carlos Angulo. 1982. "La aparición de un ídolo de tres puntas en la tradición Malambo (Colombia)." *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* 10 (17):15-20.
- _____ y Elpidio Ortega. 1996. "Punta Cana y el origen de la agricultura en la isla de Santo Domingo." Pp. 3-14 en *Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe*, editado por M. Veloz y A. Caba. La Romana: Museo Regional Altos de Chavón.
- Watters, D.R. 1997. "Maritime Trade in Prehistoric Eastern Caribbean." Pp. 88-89 en *Indigenous People of the Caribbean*, editado por S. Wilson. Gainesville: University Press of Florida.
- Wicke, Charles R. 1965. "Pyramids and Temple Mounds: Mesoamerican Ceremonial Architecture in Eastern North America." *American Antiquity* 30 (4):409-420.
- Widmer, Randolph J. 2002. "The Woodland Archaeology of South Florida." Pp. 373-397 en *The Woodland Southeast*, editado por D.G. Anderson y R.C. Mainfort. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Wiley, Gordon R. 1976. "The Caribbean Preceramic and Related Matters in Summary Perspective." Pp. 1-8 en *Proceedings of the First Puerto Rican Symposium in Archaeology*, editado por L. Robinson. San Juan: Fundación Arqueológica, Antropológica e Histórica de Puerto Rico.
- _____. 1980. "Precolumbian Taino Art in Historical and Sociocultural Perspective." Pp. 113-128 en *La antropología americanista en la actualidad: Homenaje a Raphael Girard*, Tomo 1. Ciudad México: Editores Mexicanos Unidos.
- _____ y Charles R. McGimsey. 1954. *The Monagrillo Culture of Panama*. Cambridge: Harvard University Printing Office.
- Wilson, Samuel M. 1999. "Cultural Pluralism and the Emergence of Complex Society in the Greater Antilles." Ponencia presentada en el XVIII^{vo}. *Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, Grenada.